

EL LEGADO PROFETICO DE DON JOSE MIGUEL CARRERA

Por

Rodrigo SERRANO Bombal



PRONUNCIAR EL nombre del general don José Miguel Carrera, es traer a la mente palabras tales como ingratitude, injusticia y olvido.

Es frecuente en la historia de los pueblos, encontrar casos de importantes figuras de la vida nacional que, por esos acontecimientos inevitables del diario trajín, pasan a la oscuridad del olvido pasajero. Es que la importancia de un hacer o un decir, es sólo mensurable al deshacerse la acción y la palabra, dando paso a la tregua que precede al juicio.

Pareciera que mientras esos hombres célebres pasan por la vida, su andar se hace ligero y los caminos recorridos no alcanzan a registrar la huella de su marcha. Es preciso, entonces, que devenga el atardecer postrero del vivir y que, desde la inmensidad distante del tiempo, una luminosidad especial, con visos de irrealidad, nos dé cuenta exacta de lo obrado. Es la perspectiva insustituible del reloj, que enfría toda pasión, mueve a la generosidad del corazón y sensibiliza el alma a los raciocinios del intelecto.

Más de ciento cincuenta años han transcurrido ya, desde que ese 4 de septiembre de 1821, la pasión humana pusiera prematuro término a la vida del general Carrera. Ya el tiempo nos ha permitido leer y releer su magnífica obra en beneficio de Chile. Ya la pugna de poderes, atizada por sociedades secretas de discutible legitimidad, quedó sólo en el recuerdo de amargas horas de incertidumbre y conspiración. Sin embargo, no ha cesado aún el resonar del eco inquisidor, de las mil preguntas quemantes, de las cien dudas que disipar. Quizás si la imagen mejor lograda, sea la del "Romance de los Carrera", al decir: "pasan y pasan los años, la herida no se ha cerrado".

Toda acción humana está marcada con un signo que al mismo tiempo que único, es también uno é irrepetible, como uno y único es el hombre que la realiza. Descubrir en esa acción su sello particular, su coloración propia, su entonación original, es tarea difícil. Tanto más, cuando se trata de obras que provienen de hombres de un talento superior. Para todo aquél que se detenga, por un instante, en la gestión gubernativa de don José Miguel, resultará muy clara esa condición de espíritu superior, su visión de estadista moderno, su intuición profética, su generosidad sin fronteras.

Muy fácil resulta para quien hoy, en pleno siglo veinte, en posesión y dominio de toda una antigua suerte de recursos materiales y espirituales, culturales y religiosos, políticos y económicos, se instala a analizar la vida ciudadana y con ligereza propia de un extraño, la critica y arregla a su amaño, con el solo límite de su imaginación. Otra cosa muy distinta es fundar una Nación, desde sus albores mismos, llevándola en breve tiempo a constituirse en un pueblo organizado, con clara conciencia de su propio ser, con ambiciones de grandeza y espíritu nacional.

Tantas veces dicho y otras tantas olvidado, el hecho de la permanencia de las obras y la fugacidad del autor, en medio de la vorágine avasalladora del mundo que avanza, sin detenerse, quizás hacia qué insospechado destino. Es ésta una imitación humana difícil de entender y de aceptar. Quisiéramos asistir al final de la función, estar a la hora de los aplausos de las congratulaciones, del reconocimiento. No lo quiso así el Creador y debemos contentarnos con ir dejando el escenario, al momento de su soberano designio, sin aviso, abruptamente, tantas veces con crueldad.

Pero si el hombre pasa, su obra queda.

El pelotón de fusileros que abatió en Mendoza a don José Miguel Carrera, no logró más allá que acallar su voz y extinguir la luz de esos ojos que amaron a su Patria con pasión. Tras de sí, dejó una senda de ideales nuevos y realizaciones concretas.

Con visión de gran estadista, dio preeminencia en su mandato a la educación de las gentes, creando para ello numerosas escuelas públicas y el Instituto Nacional. Junto a ello, al observar la necesidad de comunicación entre el gobierno y su pueblo, fundó el primer periódico que vio la luz en Chile, dando así un trascendente paso en el progreso nacional.

No escapó un detalle al gobernante, ocupándose de las cosas grandes y de las más pequeñas, del modo como un padre se ocupa de sus hijos a la hora de la emancipación.

Para todos resulta conocida la evolución posterior de la vida de don José Miguel Carrera. Ya en la Argentina, y luego de sufrir el sacrificio, la persecución, la incompreensión y la muerte de sus her-

manos Juan José y Luis y de su querido amigo Manuel Rodríguez, cae en manos de las autoridades trasandinas, luego de ser entregado en Punta del Médano.

El temple de un hombre se prueba en la hora de la desgracia propia. Es por ello que, quizás ahora, en este instante de derrota, surge en toda su estatura la figura del general. Su altivez, herencia hispana, alcanza al franco desafío de sus acusadores y en una improvisada y brillante defensa, da cuenta de sus tres años de lucha por volver a Chile.

"He sido partícipe en mil batallas, cuya fortuna fue casi siempre mía. He tomado partido en muchas causas. He penetrado en muchas intrigas. He sondeado, desde la altura, muchos misterios del poder. He tomado asiento en muchas asambleas populares y en tales casos, mi voluntad no fue jamás doblegada, como no lo fue en los campos de batalla, ni por reveses ni por victorias. Y era esto porque mi ánimo se había remontado a las alturas de un gran pensamiento y de una aspiración inmortal: mi Patria y su libertad".

"De esta manera, estos países no han tenido ni nombre, ni nacionalidad, ni derechos propios para mí. Mi causa no tiene fronteras. Todo el inmenso terreno que mis legiones han recorrido en sus conquistas era sin embargo, para mí, un angosto sendero por el que tenía que empujar, hacia el rumbo de mi tierra natal, la quilla de mi barco desmantelada y rota. Yo estaba en el timón y por todas partes veía las olas desencadenadas en que iba a sumergirme para aparecer de nuevo".

De este modo hablaba a sus acusadores el general Carrera, en una exposición sugerida por la grandeza de su contenido más profundo. Tan pronto dando cuenta objetiva de los hechos de sangre acontecidos durante la campaña, como —en poética inspiración— recordando sus inquietudes y anhelos de libertad para la Patria.

La evocación sentida de sus hermanos, muertos tres años antes, señala la enorme importancia que tuvo este hecho en su decisión de iniciar la ofensiva final e ilumina otro aspecto de su personalidad guerrera, a la vez que sensible y romántica.

"Y por último. Aquí me tenéis de pie, sin cólera ni pavor, en medio de esta

asamblea de jueces que ya prejuzgaron mi nombre, en este mismo recinto que escuchó el eco postrero de víctimas indefensas que eran de mi propia sangre y de mi propia vida y que ahí fueron segados en su brillante primor, por la más cruel alevosía”.

Existe una suerte de fatal comunión, en la concurrencia de dos elementos tan extremadamente dispares, en un mismo individuo: el talento y la incompreensión. Nunca tal realidad se ha concretado de manera más dramática, como en la vida de José Miguel Carrera.

Haciendo suya la causa de Chile entero, poniendo en ella todo el inmenso caudal de su mente privilegiada, asumiendo —muchas veces— lo imposible, sorteando los obstáculos más diversos que la pequeñez humana atravesó en su camino, renunciando con dolor a la compañía de su mujer y de sus hijos, sobrellevando, en fin, la angustia y la incertidumbre de sus hermanos distantes y que, más tarde, conoció injustamente asesinados, don José Miguel, sin embargo, supo abrigar en su corazón el sentimiento noble del perdón, ciertamente atesorable, en tan cruel situación, sólo en espíritus de excepción.

“Y bien, vosotros que me teméis como el fantasma sangriento de la expiación de mis hermanos, inmolados en vuestro suelo, habéis visto ya los papeles tomados de mi cartera de campaña y sabéis las órdenes generales impartidas a la tropa para el día del triunfo y las proclamas de olvido y amistad que os dirigía, esperando ser vuestro vencedor en breves horas”.

“Y tal sentía y pensaba yo, al pisar este suelo de amargas memorias para mí, no sólo porque encontraba mejor acogida dentro de mi pecho la magnanimidad y el perdón, sino porque esperaba algo de generoso y grande, en medio de este pueblo cuyos soldados había visto morir como bravos y que, al fin, vencieron a los míos, antes sin iguales”.

Tal reconciliación, empero, no significaba de modo alguno dejar de señalar con energía y decisión la responsabilidad de quienes se erigían en jueces de una causa tan ajena, porque todo entendimiento, para que sea duradero, debe edificarse primero sobre la ratificación cabal de los motivos que condujeron al desacuerdo, sólo que las partes se avienen —de consuno— a buscar otras vías de

acceso no conflictivas y que, de un modo similar, conduzcan al mismo objetivo final. De otro modo, el acuerdo se transforma en cesión y, con ella, en tácito reconocimiento de haber cometido un error. Si bien don José Miguel reconocía en su alegato los errores de su inexperiencia y los extravíos de su temprano poder, en lo sustancial ratificaba, en todas sus partes, lo obrado en esos años de proscricción.

Pasando por sobre sus sentimientos más profundos de tristeza y desazón, el general Carrera llamaba a la unidad de vencedores y vencidos para edificar juntos el destino común al que estaban llamados.

Unidad en pos de una meta superior: algo más que una “frase hecha” o una mistificación cualquiera. Para lograrla, sin embargo, es preciso sacudir viejos espejismos y adentrarse en su consecución con seriedad y renunciando.

Como en 1821, hoy también nos preocupa la unidad. Ciertamente no podrá haberla sin ciertos requisitos previos. Para lograr un Chile más fraterno, es indispensable, primero, que los padres sean mejores padres de sus hijos, que éstos lo sean mejores de sus padres, que los amigos estén dispuestos a entregar su vida por sus amigos, en fin, que cada chileno —en su horizonte personal— vuelque su corazón generoso y libre hacia sus afectos, con sencillez, espontáneo, sincero. En otras palabras, que afirmemos en un cambio individual la transformación general.

Cuando cada espíritu ambicione sólo la verdad, cuando cada cosa sea llamada por su nombre, cuando deje de proyectarse la miseria personal atribuyendo a otros defectos propios, cuando el juicio reemplace al prejuicio, sólo entonces estaremos iniciando el camino de la unidad nacional que, horas antes de morir, don José Miguel Carrera invocaba en profética inspiración.

Hoy, como entonces, caminamos una misma senda de ideales nuevos, de fundadas esperanzas en el destino de Chile. Es la hora de la gran tarea de unidad, unidad que si bien supone la búsqueda del acuerdo fraterno, exige, a la vez, la máxima consecuencia con los postulados básicos sobre los cuales ha querido fundarse una nueva institucionalidad y que no pueden ser transados, en parte alguna, por contingencias favorables ni intereses subalternos,